

que herían y gritaban contra los mecanismos del poder y del Estado, Barret amaba al Paraguay, y por ese amor sufrió cárcel y exilio: «Oídmelo. Yo hablé aquí cuando callabais, yo callé en el destierro, yo no arrojé contra el Paraguay, desde seguro, mi puñado de lodo. Yo he vuelto a vuestra tierra y no puedo sufrir que la ensangrentéis de nuevo. Os digo a los de dentro y los de fuera. Tened piedad. ¿Estáis ciegos? ¿No veis estas mujeres escuálidas, estos siervos con hambre, esta carne desnuda, estos niños tristes? ¡Si conocierais los países donde los niños ríen y juegan!»<sup>21</sup>.

Ideológicamente, los escritos de Barret se podrían encuadrar dentro del anarquismo más formalista, con la eliminación del Estado y sus elementos: «Un buen médico, un buen ingeniero, un buen músico, he aquí algo mucho más importante que un buen presidente de la República»<sup>22</sup>; la supresión de los elementos represivos del poder como el ejército y la tortura: «Si la guerra nos es aún necesaria, es que todavía estamos malditos. La guerra en sí es odiosa, y sobre todo la guerra moderna. No nos extrañemos de la facilidad con que el sable, en tiempos de paz se convierte en látigo de Oblolensky»<sup>23</sup>. Pero este anarquismo literario pasa en Barret por distintas posturas y así se pueden encontrar párrafos que incitan a la violencia contra todo símbolo de opresión: «Jamás leemos en los diarios uno de esos buenos homicidios que refrescan el alma; uno de esos casos en que la víctima se vuelve verdugo, y el verdugo, víctima. Se matan, cuando han bebido, pero entre iguales. Borrachos y todo, no se les borra el tradicional respeto al padre jesuíta, luego al delegado del dictador, luego al sargento del mariscal, ahora al patrón y al jefe político, siempre al tirano o tiranuelo, grotesco señor feudal en cuyo blasón no hay más armas que el látigo»<sup>24</sup>, hasta un anarquismo cercano a la solidaridad internacional obrera de espíritu comunista: «No son los que se pavonean y gozan, sino los de abajo, los que trabajan, sueñan y sufren, son los que realizarán la fraternidad humana»<sup>25</sup>, sin olvidar ciertas reflexiones cercanas al socialismo utópico: «Acudir siempre a las fuentes fundamentales de riqueza y trabajarlas sin desmayo. [...] ¡Bendita crisis descentralizadora! ¡Caballeros elegantes y tronados, id a rascar la tierra fecunda! ¡Señoras empolvadas, no contempléis más tiempo los figurines de Buenos Aires; id a criar gallinas! La tierra nos salvará, la tierra en que retoñan las razas»<sup>26</sup>. En Barret, el esfuerzo individual es necesario, e imprescindible para la salvación colectiva, en especial el estudio que iguala: «No basta ser hijo o reputarse hijo de doctor para ser doctor. He aquí una gran conquista de los tiempos. [...] Es humillante la corona adquirida por el hecho de haber nacido; al lograr el honor en virtud del propio esfuerzo, introducimos en nuestra existencia la lógica, la unidad indispensable a los bellos destinos. [...] Dichoso el día en que ni la fortuna ni la miseria se hereden»<sup>27</sup>.

<sup>21</sup> Barret, Rafael: «Horas de angustia», en *Obras Completas*, tomo I, ed. cit., pág. 131.

<sup>22</sup> Barret, Rafael: «De política», en *Obras Completas*, tomo I, ed. cit., pág. 108.

<sup>23</sup> Barret, Rafael: «La tortura», en *Obras Completas*, tomo I, ed. cit., pág. 121.

<sup>24</sup> Barret, Rafael: «El obrero», en *Obras Completas*, tomo I, ed. cit., pág. 99.

<sup>25</sup> Barret, Rafael: «Los trofeos», en *Obras Completas*, tomo I, ed. cit., pág. 117.

<sup>26</sup> Barret, Rafael: «La crisis», en *Obras Completas*, tomo I, ed. cit., pág. 94.

<sup>27</sup> Barret, Rafael: «Doctores», en *Obras Completas*, tomo I, ed. cit., págs. 127-128.

Para Roa Bastos, el anarquismo de Barret tiene un componente redentorista: «En él, las ideas políticas, su pensamiento, sus intuiciones y premoniciones acerca de la transformación de la sociedad, confluyen, se entrelazan y se identifican plenamente con los sentimientos de un humanismo redentorista, mucho más cercano Barret, en esto, a Tolstoi que a un Kropotkin o a un Bakunin»<sup>28</sup>. Para Francisco Corral, el anarquismo de Barret es «algo mucho más serio, más profundo y también más eficaz y temible que los explosivos»<sup>29</sup>; además, según el mismo autor, se puede observar en su ideología anarquista una evolución «desde un individualismo radical en el que confluyen tanto rasgos vitalistas e irracionistas de cuño nietschano como elementos de un liberalismo competitivo e insolidario, hasta llegar a un anarquismo solidario y altruista plenamente asumido, lo que no es un caso precisamente común entre sus contemporáneos noventayochistas»<sup>30</sup>.

La conciencia de Barret, su implicación en el esfuerzo colectivo del Paraguay, en el amor al Paraguay, como veíamos anteriormente, le obliga a ser crítico consigo mismo: «¿Y yo qué soy? El caballero andante de los pobres... ¡Ah! El apóstol bien abrigado, bien alimentado, en su cómoda vivienda; el rebelde que se permite el lujo de cantar las verdades a los jueces y que no consigue correr riesgo alguno; el feliz revolucionario que tiene amigos en la policía y mira desde la ventana al lamentable ejecutor del código, al esclavo con casco y machete y polainas [...] Y sin embargo, humillados y a ciegas, nos es preciso seguir luchando, y hacernos la ilusión de que nuestra vida no es completamente inútil»<sup>31</sup>.

Como todo escritor comprometido, Barret se enfrenta a la tesitura de sus propias palabras, a la utilidad de su obra. Los lectores reales de Barret no eran los lectores ideales, él escribe para un pueblo inculto y para un pueblo por concienciar. Los editores Corral y Fernández cierran con evidente acierto *El dolor paraguayo* con un inédito en la versión original «No mintáis» que concluye con el siguiente párrafo: «Y dejadnos hablar a los que sufrimos, a los enfermos, sí, a los que hemos conocido el hospital y la cárcel. Pero no escribo para vosotros, sino para aquellos de mis dolientes hermanos paraguayos que han aprendido a leer»<sup>32</sup>.

La preocupación de Barret por sus lectores ideales y no por los reales, no le impide que continúe escribiendo en los periódicos. En este sentido, la obra de Barret es bastante precaria, al ser el diario el único medio de difusión de la misma y su recopilación en posteriores libros. Su obra fue poco conocida en comparación con la de otros escritores que pudieron desarrollar su labor en mucho más de los escasos siete años de Barret.

Cuando desembarca Barret en América es el momento del modernismo literario y también del nacimiento de los grandes periódicos donde se cobijaron muchos escritores. Jose Olivio Jiménez describe la situación con

<sup>28</sup> Roa Bastos, Augusto: artículo citado, pág. 26.

<sup>29</sup> Corral, Francisco: libro citado, pág. 261.

<sup>30</sup> Corral, Francisco: libro citado, pág. 121.

<sup>31</sup> Barret, Rafael: «Tristezas de la lucha», en Obras Completas, tomo I, ed. cit., págs. 106-107.

<sup>32</sup> Barret, Rafael: «No mintáis», en Obras Completas, tomo I, ed. cit., pág. 142.

precisión: «El progreso económico de los países más adelantados de Hispanoamérica al favorecer la aparición de los grandes periódicos, como se dijo, les dio entrada a ese mercado, al menos como escritores, y devinieron en «cronistas», asegurándose así el nivel mínimo de subsistencia que les permitiera continuar paralela y a veces casi secretamente el ejercicio de su labor poética»<sup>33</sup>. Muchos fueron los escritores que realizaron esta labor periodística: Martí, Darío, Nervo, Urbina, del Casal, Gutiérrez Nájera y, como el mayor exponente, Enrique Gómez Carrillo. Entre todos ellos inauguran la crónica en Hispanoamérica como género literario. En esa línea Barret tiene un puesto; sin embargo, como ocurre en tantas ocasiones, una labor exclusivamente periodísticas limita el acceso a cualquier gloria literaria.

Si esa obra truncada prematuramente por la muerte le negó un reconocimiento posterior, no le impide que sea una obra vinculada a América y en contacto, que no es causal sino fruto de la observación permanente de Barret, con la novelística del siglo XX. Así la novela indigenista donde se narran la explotación del pueblo indígena, como sucede en la obra de Icaza, se acerca a la defensa constante que realiza del pueblo guaraní y de su lengua, que Barret emplea en algunos artículos con la inclusión de frases o léxico guaraníes. También se pueden encontrar relaciones entre la novela de la selva y varios de sus artículos. La novela que más se le aproxima es sin duda *La vorágine* de José Eustasio Rivera donde la descripción de los caucheros recuerda en ciertos momentos, y salvando las distancias que supone la narración y el periodismo, a la descripción de los yerbatales paraguayos.

Hemos ligado a Barret con el modernismo americano; al principio lo uníamos a la generación del 98. Probablemente, lo correcto sea separarlo de los dos grupos y al tiempo vincularlo a los dos. Su formación es noventayochista pero su desarrollo es modernista, en cuanto que el modernismo es el movimiento literario que recorre la América hispana de principios de siglo. Como en otros aspectos la brevedad de la obra de Barret impide una definición precisa de la misma. Es cierto que los cuentos breves recogidos en *Del natural*<sup>34</sup> tienen un cierto aire de brillantez y sonoridad modernista en su estilo, aunque también mezcle rasgos naturalistas, como su título indica. Pero *El dolor paraguayo* tiene una escritura distinta.

*El dolor paraguayo* está escrito con una sintaxis precisa, clara y exacta donde la estructura tiende a seguir el orden lógico con el sujeto oracional en primer lugar. Los períodos oracionales son largos con tendencia a la subordinación en infinitivo. La enumeración y la repetición de carácter efectista también son frecuentes, aunque no se pretenda alcanzar ni la musicalidad ni el colorismo propio de una estética modernista, pero sí la

<sup>33</sup> José Olivio Jiménez: «El ensayo y la crónica del modernismo», en *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, tomo II, Madrid, Cátedra, 1987, pág. 545.

<sup>34</sup> Tomo IV de las Obras Completas.

precisión descriptiva: «Tiene los ojos negros, chicos, iluminados; le deben llamar loco porque mira cara a cara, con intensa plenitud. Dientes sólidos, apretados como una barricada; labios largos y movibles, mejilla enjuta; pelo salvaje. Un tórax de gorila y altas piernas. Camiseta y pañuelo al cuello (nada de política), bombachas»<sup>35</sup>.

Los sustantivos suelen ir acompañados de adjetivos o de adjetivos de discurso, pero sin buscar resultados brillantes, sino pretendiendo alcanzar la mayor matización posible: «Os sentaréis en un pedazo de madera, beberéis agua fangosa en una calabaza, comeréis maíz cocido en una olla sucia, dormiréis sobre correas atadas a cuatro palos»<sup>36</sup>. Las palabras son utilizadas con habilidad, buscando siempre la exacta significación y causando a veces diferentes contrastes por el empleo de diminutivos y otros recursos, así como el alejamiento semántico entre los distintos sustantivos: «Una niña morena y humilde se acercó trayendo el famoso coñac en una bandeja, flanqueado de copas diamantinas. La criadita tropezó, y botella y copas se hicieron añicos. El doctor, olvidándose súbitamente de quién era, se levantó y descargó su manaza de carretero en la morena carita de la niña asustada. Contemplé marcadas de sangre las cinco uñas de la zarpa, y comprendí que no sólo hay inteligencia en X, sino emociones naturales. Es un intelectual completo»<sup>37</sup>.

Esa ironía que se observa en el fragmento anterior es otra característica estilística de Barret que tiene tendencia a finalizar sus artículos con párrafos ora moralizadores, ora irónicos, pero siempre con palabras que dejan en la memoria la esencia de lo dicho, de lo criticado. De hecho, muchos de los textos citados en este trabajo pertenecen a estos últimos párrafos comprometidos e intranquilizadores.

Roa Bastos escribe que Barret inaugura la literatura moderna paraguaya: «En el Paraguay, la influencia de Barret es mucho más definida y reconocible. Puede decirse que sus escritos constituyen el hito inicial de una literatura como actividad distinta a la de la simple producción historiográfica, predominante hasta entonces»<sup>38</sup>. Su influencia no es mayor en toda Hispanoamérica debido a una obra inconclusa, donde estilo literario y vigor ideológico hubieran creado uno de los corpus textuales más interesantes del continente americano.

<sup>35</sup> Barret, Rafael: «De paso», en *Obras Completas, tomo I, ed. cit., pág. 51*.

<sup>36</sup> Barret, Rafael: «Lo que he visto», en *Obras Completas, tomo I, ed. cit., pág. 77*.

<sup>37</sup> Barret, Rafael: «Un intelectual», en *Obras Completas, tomo I, ed. cit., pág. 73*.

<sup>38</sup> Roa Bastos, Augusto: artículo citado, pág. 30.

## José María Fernández Vázquez